



LA UNIFORMIDAD DE LAS "GIRLS"

LA PRIMERA.—Aquel muchacho de la ^{Ayuntamiento de Madrid} quinta me gusta mucho.
LAS OTRAS CUATRO.—¡Y a mí! ¡Y a mí! ¡Y a mí! ¡Y a mí!

Dib. PICO.—Madrid.



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre	(13 números)	5,20 pesetas.
Semestre	(26 —)	10,40 —
Año	(52 —)	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre	(13 números)	6,20 pesetas.
Semestre	(26 —)	12,40 —
Año	(52 —)	24 —

EXTRANJERO

Unión Postal.

Trimestre	9 pesetas.
Semestre	16 —
Año	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires).

Agencia exclusiva: Manzanera. Independencia,	856.
Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12
Número suelto	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A. Apartado 605. Habana

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. - MADRID. - Apartado 12.142

Los famosos

polvos insecticidas

LEYER Y COMP. ^A

Son infalibles para la destrucción de toda
clase de insectos

NUESTROS CONCURSOS

El del mes de abril

TERCERA SERIE DE SOLUCIONES RECIBIDAS



Julio Fague (Alicante).



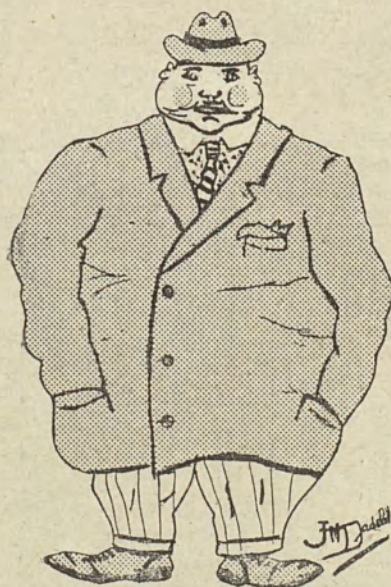
Isidra Sanz (Madrid).



Angel Marcos (Madrid).



V. Torregrosa (Cáceres).



J. M. Dadebat (Rentería).



Félix Moliner (Madrid).



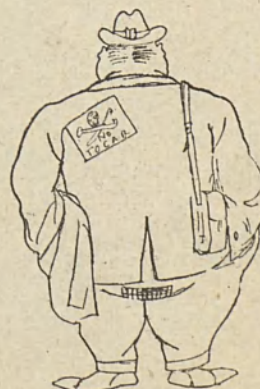
Abel de Aguilar (Barcelona).



Teodoro Vera (Bilbao).



Fito Pardo (Valladolid).



Magdalena Oliva (Madrid).



Pepe y Antonio Rodríguez (Sevilla).

Ayuntamiento de Madrid



Juan Bautista Ortiz (Barcelona).



Francisco Fernández (Melilla).



Rafael Chicharro (Madrid).



Irene Irureta (San Sebastián).



Eduardo Caso (Madrid).



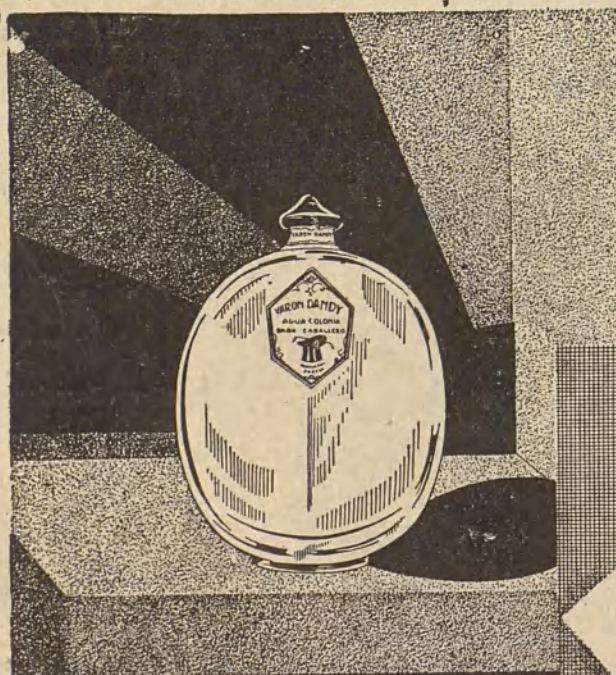
Eduardo Caso (Madrid).



Cristóbal Alonso (Torrelavega).



Enrique Soria (Madrid).

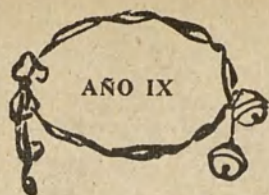


**Agua
Colonia**

**VARON
DANDY**

EN FRICCIONES
como sedante de los nervios
y lenitivo del cansancio.
COMO PERFUME
su fragancia original es tan
hombrosa, tan propiamente
varonil, que revela la exqui-
sitez y distinción del Caba-
llero que la usa.

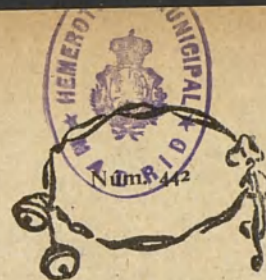
*Perfumería
Parera
Barcelona*



BUEN HUMOR

SEMANARIO ILUSTRADO

Madrid, 18 de mayo de 1930



CONVERSACIÓN DE CASINO

Las cosas extraordinarias que se aprenden en una peña de consocios



ERAMOS cinco los amigos que aquella tarde, gris y silenciosa como una película sonora, nos encontrábamos en una de las salas más confortables del círculo. Eramos cinco, y lo mismo podíamos haber sido seis, si no hubiera faltado un amigo que tenía que acompañar a su mujer, la cual iba de compras a las Ventas (¡y ustedes perdonen la paradoja!) siempre que a su esposo le tocaba reunirse con sus consocios, por cuya razón no se reunía nunca, lo que nos producía un encanto enormemente brutal, porque el gachó era un pelmazo con incrustaciones de idiota, y además tenía la inmensa desgracia de apellidarse Cuadrado, y un cuadrado en un círculo no pega ni con cola, dicho sea en redondo.

En resumen: que éramos cinco los amigos que nos encontrábamos aquella tarde en el círculo de marras, mientras el sexto hacía "el quinto", llevándole los paquetes a su irascible esposa por las calles del extrarradio.

Los cinco estábamos contentos porque era a primeros de mes y en nuestros bolsillos reposaban unos cuantos amadeos con barba corrida, dispuestos a ofrecernos innumerables deleites de a veinte reales cada uno. Y los cinco sonreíamos, optimistas y epícuras, sin conceder importancia ni a Sevilla ni al Guadalquivir, ni a Mussolini ni a "Cagancho". Indecentemente repantigados en nuestros respectivos sillones, mirábamos al éter, agradeciendo al Sumo Hacedor el que hubiera dispuesto que no nos ganásemos el pan con el sudor de nuestras frentes, sino con el sudor de las frentes de otros

mentecatos que a aquella hora estaban peor sentados que nosotros y sin poderse sonreír, como nosotros, de los peces de colores y hasta de los peces pálidos.

Conviene advertir que, de los cinco consocios, dos eran monárquicos, dos republicanos, y yo simple transeúnte; pero los monárquicos no eran de lucha, ni los republicanos de acción, y en cuanto a mí, aunque me he calificado de transeúnte, tampoco era partidario de ningún movimiento y pertenecía a esa clase de transeúntes que gozan bárbaramen-

te parándose en las esquinas y reclinándose en los esbeltos faroles de la villa.

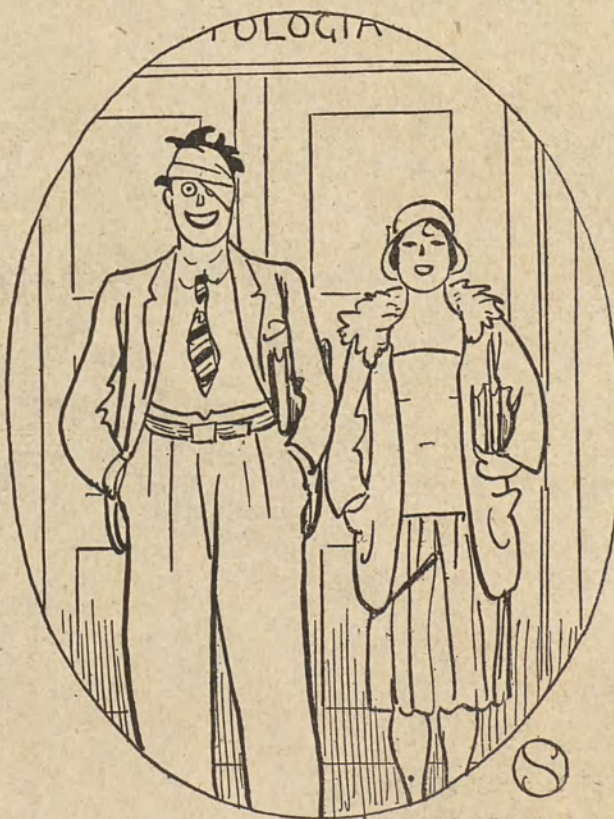
Eramos cinco joyas, como puede verse.

Menos mal que nuestra conversación había derivado hacia temas trascendentales, y nos habíamos metido en política como nos podíamos haber metido en un lío. Los monárquicos defendían a Bugallal a capa y espada, y los republicanos defendían a Unamuno con la capa puesta. Yo acabé defendiendo a los republicanos, porque los monárquicos se disponían a atizarles en el calor de la discusión; y al final convinimos en que Bugallal y Unamuno eran dos infelices, y en que para que viniese la República no había en España ni unanimidad ni "unamunidad", y que, por lo tanto, era mejor dejarlo.

Y, ¡claro!, la charla, como todas las charlas de casino, concluyó por encontrar el tema más apropiado al dulce "confort" del lugar. Quiero decir que empezamos a hablar de cosas raras y de sucesos extraordinarios.

Uno de los contertulios, precisamente el que había viajado más, se arrellanó groseramente en su sillón, encendió un robusto puro y, echándonos el humo con escaso miramiento, dijo:

La filosofía se encuentra a veces en las personas que uno cree menos aptas para ella. Yo conocí a un concejal en Badajoz, tan escandalosamente filósofo que había llegado al convencimiento de que en la vida no hay nada que tenga la menor importancia. El hombre había confeccionado una lista de cosas que le tenían sin cuidado, y me la leyó una tarde, produciéndome tal entusiasmo que perdí los



Dib. SILENO.—Madrid.

calcetines por la furia con que le abracé. Aquel eximio edil extremeño opinaba que para un español consciente no debían ser motivo de preocupación ninguna de las siguientes cosas:

Que los cementerios no tengan condiciones de salubridad.

Que las empleadas del Metropolitano no puedan picar más alto.

Que los cerdos de Pekín sean cochinos chinos.

Que en Tarragona no sepan cantar flamenco.

Que el Mar Muerto no haya tenido quien le lllore.

Que Chicago sea una palabra malsonante.

Que la torre Eiffel no pueda desarmarse.

Que en las casas de préstamos no admitan relojes de arena.

Que los médicos no puedan saber cuándo un negro tiene mal color.

Y que sea un misterio indescifrable el porqué hay más viudas en Budapest que en Getafe.

—Viajando mucho se ven tipos muy raros—dijo entonces otro de los tertuliantes—. Pero yo no he necesitado salir de Madrid para conocer a un socio que le da quince y raya al concejal badajocense aludido por

nuestro compañero. Hay un casquero en la calle de la Ruda que no se limita a expender tranquila y sosegadamente sus inmundas mercancías (manos de ternera, sesos, hígado, callos, patitas de cordero, etc.), sino que las vocea en una forma y con unos términos que el día menos pensado va a haber un tumulto en la calle. El otro día decía a grandes gritos: "¡La criada del siete me acaba de pedir la mano!... ¡El vecino del veintitrés me va a mascar los hígados!... ¡Tengo el mejor corazón de Madrid!... ¡Yo le doy buena pata a todo el mundo!... ¡Olé mis tripas!!!... ¡Tengan ustedes cuidado con no pisarme los callos, porque me voy a la cocina a levantar la tapa de los sesos!!!..." Y una serie de cosas parecidas a éstas, que hacían que la gente echase el bofe de risa.

—No deja de ser original el ciudadano ese—replicó el primer contertulio—; pero insisto en que es viajando como se observan las cosas más raras. Yo he estado un mes en Alemania, y sé cosas que los españoles no pueden ni sospechar. Por ejemplo: en Berlín, las muchachas que se casan con un hombre que se llama Fritz, se dice que se "fritzionan". Y las que se casan con un Samuel, se dice que "samuelan"... ¡A ver si esto no es una cosa que tira de espaldas!

—En efecto—terció un compañero que hasta este momento no había dicho nada—. Hay que viajar para encontrar motivos de asombro. Yo sé lo convenientes que son las excursiones a países remotos, aunque no me he movido en mi vida de la calle de Carretas; pero tengo un primo carnal que me cuenta todo lo que ve cuando se marcha fuera, y me resulta lo mismo que si me fuera fuera yo. Por él he sabido que en la República Dominicana hay la costumbre de no fiarse de los mudos.

—¿Por qué?

—Porque parece ser que allí no hay ni uno a quien se le pueda exigir una palabra de caballero.

—Más sorprendente que esa observación es la que hice yo personalmente en mi última visita al Brasil—dijo el primer consocio, que se había empeñado en apabullarnos a todos—. En el Brasil, donde hay una variedad de pájaros que es la estupefacción de todos los turistas, existe un ave que no vuela.

—¡Caray! ¿Y cuál es?

—El pollo asado.

—¡Para ver eso no es necesario ir



La mujer del financiero.—¿Qué te pasa? ¿Estás triste?

—Sí; he perdido diez mil pesetas, y lo peor es que doce eran mías.

Dib. CUESTA.—Paris.

a Río de Janeiro!—dijo otro de los circunstantes—. En Villaviciosa de Odón, donde pasé yo una temporada veraniega en compañía del sacerdote de la localidad, pude ver también un ave que no volaba.

—¿Ah, sí?

—El Ave María Purísima.

—No tengo nada que oponer a eso —reconoció humildemente el viajero recalcitrante, bajando la cabeza. Pero volviéndola a levantar en seguida, añadió—. Sin embargo, ese sacerdote que le ayudó a usted a hacer tan preciosa observación ignora seguramente una cosa que yo supe en Roma, y que tiene estrecha relación con la Iglesia.

—¿Podemos saberla?

—Desde luego. Que los sacristanes han sido los primeros sujetos que gastaron pantalones de campana.

—A propósito de clérigos—exclamó repentinamente el socio que viajaba menos—mi primo carnal me contó una escena curiosísima que acaeció en Méjico cuando él fué allí en su séptimo viaje de bodas. Un canónigo de los que expulsaron de Méjico en aquellos tiempos de la lucha religiosa y del presidente Calles emitió estas palabras célebres en el momento de tomar el tren: “¡Aquí corren malos vientos!... ¡Me voy a Buenos Aires!”

—¡La cosa es de una sensatez que petrifica!

—Mi primo carnal tiene en sus memorias de viaje datos verdaderamente alucinantes. Y baste, como ejemplo, el que sigue. Cuando estuvo en Moka, la ideal población arábiga que todos ustedes conocerán de nombre, supo que allí no sólo se hace negocio con la exportación del famoso café. Otras industrias y manufacturas honran a sus habitantes, y entre ellas destaca la fabricación de pañuelos de seda, que los hacen que da gusto. Pueden ustedes encontrarlos en todos los establecimientos del mundo, pues su venta está extendidísima. No tienen ustedes más que pedir un pañuelo de Moka y, por bruto que sea el dependiente de la tienda, les entenderá a ustedes en seguida.

—Las cosas raras y absurdas que están ustedes contando—dijo el cuarto compañero, decidiéndose a intervenir en el debate—, no sólo se observan viajando, sino simplemente leyendo periódicos extranjeros. En este mismo círculo, hojeando yo hace un mes el “Sunday Times”, de Londres, me encontré con el siguiente anuncio, que me llenó de asombro: “Opulentísimo caballero escocés, coleccionista de las rarezas más extra-



—¿Qué tiene usted en la cara?

—Un forúnculo.

—¿Sí? Pues eso hay que abrirlo.

Dib. ALLOZA.—Zaragoza.



El autor.—Mi obra, sin ser precisamente superrealista, es de una originalidad aplastante. El título ya es original: “Gustos”.

El empresario.—Pues no veo la originalidad.

El autor.—¿Ignora usted que sobre gustos no hay nada escrito?

Dib. MATESANZ.—Madrid.

ñas del mundo, pagaría doscientas mil libras esterlinas por un cocinero japonés que se llamase precisamente Tiburcio Rodríguez. Ya sabemos que esto es casi imposible; pero por eso se paga tan caro."

—Tampoco es preciso leer periódicos extranjeros para encontrarse con anuncios de espantosa originalidad —replicó uno de los consocios republicanos—. En un diario comunista de Santander leí el otro día la siguiente arenga comercial: "¡Medio seguro e infalible para cazar ratones, y para cazarlos muertos que es lo más divertido y colosal! ¡Nada de ratone-ras mecánicas; eso es una cursilería! ¡Nada de bolas con veneno; eso es

una porquería, además de ser una bola, porque es mentira que los mate!... Nuestro procedimiento es el único racional, el único limpio y el único eficaz. Con probar nada se pierde, más que el tiempo si la cosa no resulta... Consiste en hacer esta faena: a medio metro escaso del agujero que conduce a la madriguera de los animalitos se coloca una piedra muy dura (que sea dura como la piedra, y ya está bien), y, además de dura, puntiaguda y afiladísima por las esquinas. Esta piedra se frota bien con pimienta y al lado de ella se coloca un trozo de queso, para atraer al ratón. Este no tarda en aparecer, y se dirige al deglutirse el gruyère; pero, al

acercarse, la pimienta se le mete por las narices y el animalejo lanza un estornudo tan horrendo que se rompe la cabeza contra la piedra; pero, ¡vamos!, que es que se la hace cisco... También hay un sistema bastante seguro para cazar ratones, y es tener un gato gordo, forzado y de pésimo corazón; pero este sistema es mucho menos gracioso que el otro, y como el caso es divertirse y gozar de la vida, por eso recomendamos el de la piedra, que nadie negará que tiene sal (y pimienta) por toneladas..."

—También por un periódico de Ciudad Real me he enterado de una cosa que hasta hoy me había parecido que era imposible—dijo yo, decidido, por fin, a exponer mi cultura ante la reunión—. Resulta que en Milán ha sido silbado un tenor chileno llamado Rodolfo Duro.

—¿Y qué tiene eso de extraordinario?—me preguntaron los otros.

—¡Hombre, pues que es la primera vez que el canto de un Duro le ha molestado a la muchedumbre!...

—¡Eso es una leve tontería comparado con lo que yo sé, y que también se refiere a un periódico!—gritó el encarnizado viajero que había iniciado la charla.

—Pues dígalo y no nos oprima más el corazón—le rogamos todos, con rostros ansiosos.

—¡Allá va!... En Nueva York se tira actualmente un semanario festivo, que quiere y no puede competir con BUEN HUMOR y que ofrece la particularidad de que la imprenta está situada en el piso décimosexto de uno de esos rascacielos indignos que se usan por allí.

—¿Y qué más?

—Pues que hay mucha gente que ha pronosticado que ese periódico está condenado a morir en breve plazo.

—¿Por qué?

—¡¡Porque un semanario que se tira desde un piso décimosexto está expuesto a romperse la cabeza en cuanto el asfalto sea un poco resistente!...

* * *

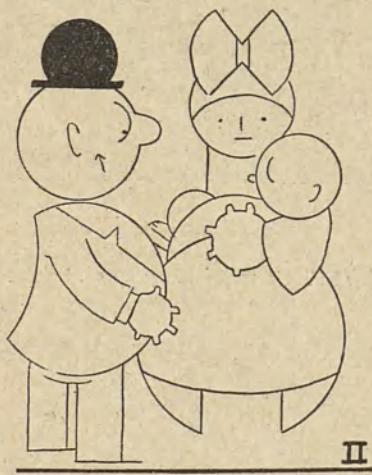
No tendré que decir a mis lectores que en aquel momento empezamos todos a atizar capones al audaz viajero, y que, gracias a Dios, terminó la reunión sin más percances que lamentar.

No hay nada como ir a un círculo para sentirse uno plenamente feliz.

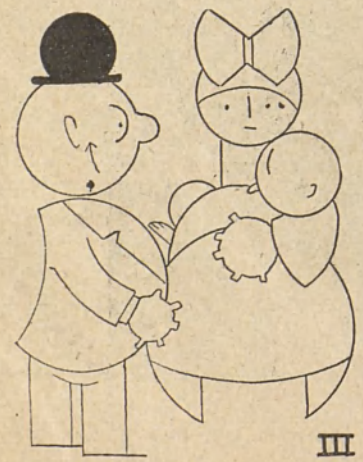
ERNESTO POLO



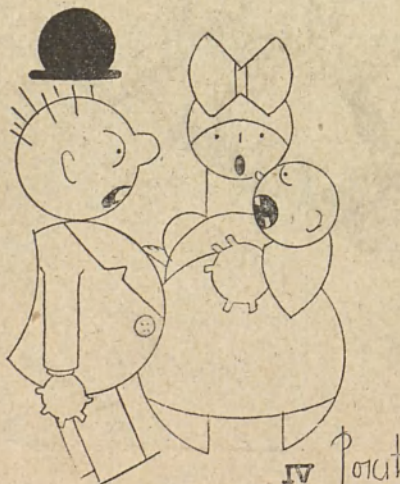
—¡Qué nene más mono! ¡Mira, monín, miral



—¡Ajo al nene, ajito! ¡Qué rico!



—¡Papa, paa... paaa!... ¡Anda, ri-quín, dilo tú!



El niño.—Bueno, ¿pero es que no me va usted a dejar dormir, caballero?

Poroto
verez-30



—Don Julián, ¿se está usted bañando con tinta?
 —No; pero me ha dado usted una idea, hombre: lo venderé como tinta.

Dib. SAMA.—Madrid.

CHIRIGOTAS MINÚSCULAS

Cierto sordo, que ocultaba su defecto tenazmente, sostenía que la gente era muda y que no hablaba; sin que nadie se atreviera a destruir tal manía diciéndole que no oía por culpa de su sordera.

¡A cuántos así verás disculpar de mala fe sus defectos, con los que nadie encuentra en los demás!...

A Juan Cepillo Rincón le rinden adulación, sólo porque ve la gente

que va a cobrar su cupón al Banco, trimestralmente.

Pero yo, que soy muy franco, detesto al tal Juan Cepillo, porque me parece un pillo. ¡Ay, cuántos que van al Banco debieran ir al banquillo!...

En los flecos del mantón hizose Asunción Melgar un nudo. Y, al verlo, Antón le dijo: "¡Ven, Asunción, que te voy a "des-nudar"!"

—Yo quiero tanto al doctor que en mi dolencia me cura, que siempre pido al Señor que me otorgue la ventura, por todos apetecida, de no estar enfermo en todo lo que me resta de vida.

—Chico, pues no veo el modo que tienes tú de querer, porque el que estés bien o mal, ¿en qué va a favorecer al médico?

—¡Qué animal!

Si yo pido con fervor gozar salud infinita ¡es porque nunca al doctor le he pagado una visita!...

—Ayer no pugué a Rodríguez, respondiendo a sus insultos, por ese defecto físico que inspira lástima a muchos.

—¿Y por eso te aguantaste?

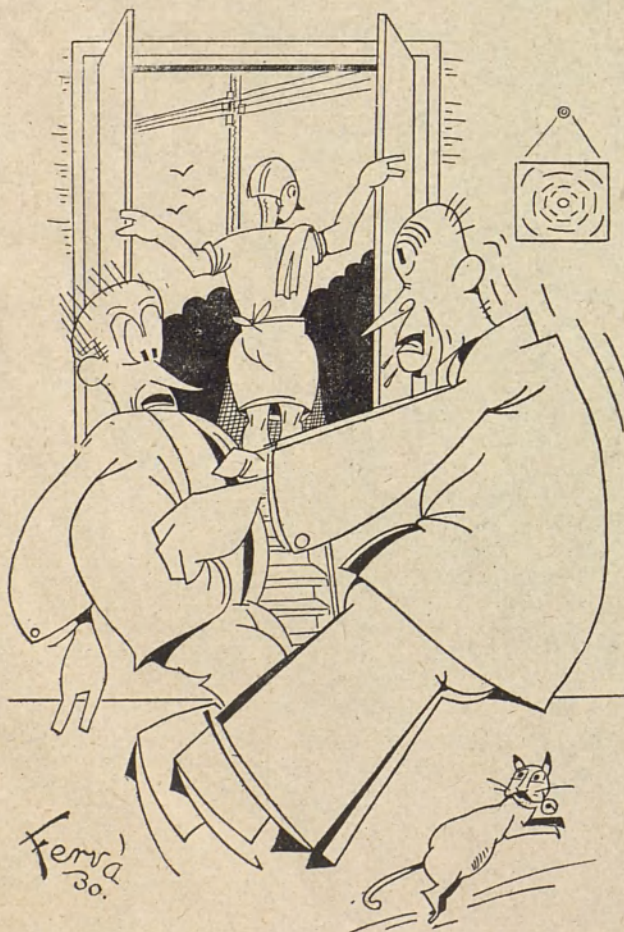
—¡Claro! ¡Como es tartamudo!...

Un pobre ciego pidió a Romanones diez céntimos. ¡Para pedir ciertas cosas es necesario estar ciego!...

Dicen que a Berlín se va la esposa de Antonio Pina, y añaden que él estará todo ese tiempo en berlina.

Abonado que te abonas a nuestra fiesta "bravía" para ver torear "monas" a la egregia torería, a ser dichoso disponte y piensa en tus dulces ratos, que vas a ver a Belmonte... solamente en los retratos.

X. X. X.



—¡Ahora mismo vamos a ventilar esa cuestión!

—Bueno, bueno, no se preocupe usted; ya está la criada abriendo la ventana.

Dib. FERVÁ.—Madrid.



—¡Chica, qué contenta estoy! Me caso con el hombre con quien quería casarme.

—¡Bah! Es mucho más divertido casarse con el hombre con quien quería casarse otra.

Dib. FOGUES.—Valencia.

Peinetas

(La mujer es *peineta* y el
[hombre es *peine*.
(Pensamiento tomado de En-
[rique Heine.)

A mi gusto se acomoda,
por lo graciosa y coqueta
el uso de esa peineta
que ahora se ha puesto de moda.
Tiene de corona hechura,
y esto a la mujer conviene;
puesto que algo siempre tiene
de realeza su hermosura.
Orlando un rostro de cielo,
muestra fulgores de gema,
y parece una diadema
sobre la pompa del pelo.
Y aunque es pequeña y sencilla,
cuando a su cresta redonda
sirve de dosel la blonda
de la clásica mantilla,
ganas nos dan de caer
ante la frágil presea,
gritando: "¡Bendita sea
Su Majestad la Mujer!"
¡Cuánto más bellas no son
estas peinetas discretas
que aquellas otras peinetas
a lo *Columna Vendome*!
Imponentes, colosales,
absurdamente historiadas,
semejando desplegadas
colas de pavos reales;
graves neuralgias causando,
y torcidas casi todas...
son el *Coloso de Rodas*
o la *Torre Eiffel* andando.
¡Guerra a la peineta inmensa
que implacablemente inclina
al suelo la femenina
cabecita que no piensa!
Mole enorme que anonada
y la ley divina trunca,
puesto que la mujer nunca
tuvo en la cabeza nada;
y cargarlas de ese modo
es darles hechura nueva
a la que no me acomodo.
El hombre es, ¡ay!, el que lleva
sobre la cabeza todo:
preocupaciones, odiosa
balumba que, como losa,
le pesa y le entenebrece,
y a veces *alguna cosa*
que en nada le favorece.
Pero las mujeres, no;
a ellas, ligeras y tiernas,
nada jamás les pesó.
Sólo sostienen sus piernas
las gracias que Dios les dió.
¡Y por eso voto yo
por las peinetas modernas!

JAVIER DE BURGOS

EL MISOGAMO

Florencio Beltraneja, individuo tripudo, cuarentón y no mal trajeado, era un enemigo del matrimonio, y exponía sus ideas con mordacidad y dureza idénticas a las empleadas por cualquier filósofo alemán del siglo XIX. Siempre, al tratar de algo referente a la compañera del hombre, empleaba un tono despectivo y cáustico, limpio, no ya de galanterías, sino hasta de la más rudimentaria cortesía.

—Ya que el ser humano—argumentaba Beltraneja—, especialmente al llegar a cierta edad, necesita tener junto a sí a alguien, yo, para no encontrarme solo, he adquirido un can, el cual me hace muy buenas compañías. Entre los animales que se dicen fieles al hombre, figuran, como es sabido, el perro, el gato y la mujer. Elijo el can porque le considero el más útil y ventajoso de todos. El perro, se me alegrará, muere; más, por ventura, ¿no sucede cosa análoga tomando esposa? ¿No existen, en efecto, mujeres que muerden... y, además, arañan y pegan a su marido? También se me dirá que el can ladra; pero, asimismo, ¿no hay damas que hacen otro tanto? Cuando, por ejemplo, me encuentro en ese estado de ánimo en que el hombre desea dar salida a sus ideas, confiando los pensamientos que nos embargan a alguien próximo a nosotros, yo se los comunico a mi perro, el cual, con las orejas aguzadas y observándome fijamente, me escucha con el mayor respeto e interés. ¿Podría realizar cosa semejante junto a mi esposa? ¿No saldría ésta, procediendo con la innata incompreensión de las mujeres, soltando cualquier patochada ante mis cuitas? Creo, con los datos expuestos, haber justificado plenamente mi aversión hacia el matrimonio...

Un compañero de tertulia del café, que presumía de escritor y que pasaba la vida leyendo diccionarios con objeto de descubrir vocablos de uso poco común, dió a Florencio el título con que, a contar de tal fecha, fué conocido por sus amistades.

—Beltraneja—definió el tal individuo— es un misógamo; es decir, un enemigo del matrimonio...

Poníase Florencio tan pesado con sus antipáticas disquisiciones sobre el casorio, que sus amigos, por evitar tabarras tales, huían de su lado. Donde Beltraneja gustaba principalmente ex-

playar sus originales teorías era en el café, pues allí, aparte de los contertulios, escuchábanle los parroquianos de las mesas inmediatas, causando en todos ellos gran admiración con sus extravagantes ideas. Cierta día que en un velador de al lado hallábanse una madre y una hija, ésta no del todo mal parecida, Florencio, llevado por la cos-



—Me despidieron porque pegué a un compañero con una resma de papel en la cabeza.

—¿Con una resma? Haberle pegado con una "mano".

Dib. LÓPEZ REV.—Valencia.

OROCREMA
ALMENDRAS

EL SABOR POPULAR
EMBELLICE LA PIEL



LOS
PERFUMES
DE TASARA
BADALONA

tumbre, comenzó a despotricar a su modo.

—Señores—dijo Beltraneja con sonora voz—, ya conocen ustedes mi pensamiento sobre el matrimonio, en el cual desde luego afirmo que el hombre jamás puede ser feliz, debido a que la mujer es un ser inferior, que reúne en sí, como lo demostraré, aditamentos de diversos animales. La compañera del hombre tiene algo de cotorra, por lo que habla, y tiene algo de gato, porque araña...

—¿Y usted, señor, no tiene, a su vez, algo de mula?—saltó, roja de exaltación, la linda vecina, irritada de oír tanta inconveniencia.

—¿Por qué lo dice, señorita?—interrogó un tanto desconcertado Florencio.

—Porque cocea...

En otra ocasión, un amigo de Beltraneja, por exclusivo placer de oírle expresarse, fingiendo ignorar su monomanía, dió a Florencio:

—Dudo, Beltraneja, que pueda usted ser feliz viviendo en compañía de un can. ¿No sería preferible que, con objeto de reconfortar su vida, contrajese matrimonio?

—¡Nunca! ¡Nunca!—estalló, lívido de indignación, el misógamo—. Mire, cuando el perro me molesta le pongo bozal y cadena. ¿No comprende que, en ocasión semejante no podría hacer cosa análoga con mi esposa?

—Pero, hombre, el chuchito proporciona mil pejugueras. Por ejemplo, por poseerle hay que pagar contribución, sacando la licencia correspondiente...

—¿Y qué? ¿No usa también la mujer cédula personal?

Florencio continuó en tan pertinaz y obtuso plan de celibato hasta su fallecimiento, aclarándose con tan triste motivo un pequeño misterio que encerraba la vida de Beltraneja, pues en tan desafortunada ocasión se supo que el misógamo, el enemigo feroz de todo casamiento, el individuo que lanzó las más terribles y crueles frases sobre las mujeres y la coyunda, desempeñaba, desde hacía luengos años, por uno de esos irónicos y burlescos contrastes de que la vida está plagada, el muy honorable cargo de gerente-director de una agencia matrimonial...

LUIS ESTEBAN

UN PASEITO

Seguía a todas las mujeres que encontraba a su paso: las altas, las bajas, las rubias, las morenas, las castañas, las guapas, las feas y las espantosas. Las seguía con la misma afición que puede seguirse un partido de fútbol o la carrera de perito industrial.

¿Que por qué? Para unos se trataba de cierta promesa hecha a no sé qué santo de la corte celestial en agradecimiento a que siendo niño le salió un tumor blanco en el tobillo y curó de él sin necesidad de que, como temían todos, hubiera que amputarle la pierna; para otros, no era más que un entretenimiento y, por consiguiente, un modo de asesinar el tiempo; para los demás era prescripción facultativa, puesto que los diez o doce kilómetros que recorría diariamente le eliminaban aquellos kilos de grasa que empezaban a ser culpables de que se le quedaran estrechos los chalecos. Pero, se tratase de lo que se tratase o fuera lo que fuera, el caso mondo y lirondo es que Federico Sabater—porque ahora caigo en que aun no he dicho su nombre—tenía la caballeresca costumbre, adquirida pocos días después de que lo destetase un ama celta, de llevar a “encerrar” a cuantas jóvenes más o menos bellas pululan por el campo, la playa y la ciudad.

Yo creí durante mucho tiempo que aquella ocupación la realizaba con ánimo de lucro, llevado del afán de establecer alguna agencia de informes para uso de muchachitos que desearan averiguar el domicilio de una dama. Me inclinaba a pensar así el conocimiento que demostró siempre que tuve que interrogarle por las señas de cualquier señora, procedimiento que no pasó inadvertido para algunos comerciantes, quienes frecuentemente le interrumpían para suplicarle:

—Perdóneme, don Federico. ¿Querría decirme dónde vive una señora a quien siguió usted hace nueve días, y que se tocaba con un sombrero verde pálido? Tengo que enviarla una facturita...

En cuanto a mí, bastaba que le enseñase unos retratos de señora para que manifestase “ipso-facto”: “Esta vive en la calle de Leganitos, 73, tercero izquierda. Casa con tres balcones, orientada al mediodía, y cuarto de baño. El portero se llama Faustino, es natural de la provincia de Palencia y tiene una úlcera en el cuello del estómago. Esta otra habita en Madrid Moderno. Un hotelito coquetón, con ventanas grandes y en las que por cierto falta un cristal desde el año 1914. La fachada tendrán que revocarla en seguida. Esta otra vive en un piso interior de la calle del Gato, acompañada de una tía suya que está diabética. Seis habitaciones sin suelos

de madera. No tiene calefacción, pero ponen brasero. El ascensor no funciona, porque lo utiliza el portero para guardar los muebles.”

Y así podía estarse horas y horas dando informes de cuantas mujeres habían puesto en España sus plantas pedadoras.

Pero he aquí que, de la noche a la mañana, Federico Sabater comenzó a seguir a las señoras de un modo como no las había seguido nadie: ¡en automóvil!!

Iba en un coche de dos plazas, de baquet amplio y elegante carrocería, puesto su paso a tono con el de las viandantes femeninas que se cruzaban ante el *capot*. Además de más cómodo, era un medio mucho más amplio de ejercitar su ocupación, puesto que le permitía no conceder la menor importancia al hecho de que alguna de las perseguidas subiese a un tranvía o hiciese detener un *taxi*.

Claro que muchas veces surgía el obstáculo insuperable: las “direcciones pro-

hibidas”. Entonces mi amigo no tenía más remedio que bajarse del coche, alcanzar a la señora en cuya persecución estaba ejercitándose y suplicarla:

—Tenga la amabilidad de no subir por esta calle... Se lo pido de todo corazón.

Hasta que una tarde, al salir de los toros, lo encontré llorando abrazado a los pies de una dama que se obstinaba en marchar por un callejón cuyo tránsito estaba exclusivamente dedicado a peatones. Fué entonces cuando, luego de darle dos puntapiés para que se levantara del suelo, le insté a que me contase el motivo que le inducía a seguir a las mujeres empleando aquel medio inadecuado de locomoción, pregunta que me torturaba desde la primera vez que le vi detrás de una mujer agarrado al volante.

Y él me dijo:

—Aun no hace cuatro meses que salí de casa una mañana decidido a hacer lo que hago desde que vine a este valle de lagrimones: seguir señoras. En efecto, aun no había puesto el pie en la calle



—¿Y cuando me habló “usté” pestes de su hermano y de su cuñada?

—Es una vergüenza que entre lavanderas salgan a relucir los “trapitos sucios”.

Dib. CASERO.—Madrid.



- ¿Tendrá usted algún libro de chirigotas “pa” camelar a las mocitas?
 —Hombre, no; pero para eso lo mejor es que se compre usted un calendario.
 —Ca, no, señor; ya lo hice una vez y...
 —¿Y...?
 —Y me hice un taco.

Dib. AREUGER.—Madrid.

cuando me di de manos a boca con una mujer espléndida, alta, rubia y fortísima. Tenía aspecto de holandesa que sale a comprar *foie-gras*.

Anduve tras ella por el centro de la ciudad cerca de diez o doce cuartos de hora. Luego torció hacia los barrios bajos, y anda que te anda, fuimos dejando atrás las últimas casas del casco urbano. No sé por qué, tuve el presentimiento de que vivía en Pozuelo. Pero ya no había modo de retroceder. Además, hubiera sido hacer el ridículo cansarse antes que ella. Continuamos, pues, avanzando. Habían quedado lejos las postreras edificaciones del extrarradio, y mi perseguida enfiló un camino vecinal que nos condujo hasta la carretera de Francia. Desde allí seguimos a El Planío, a Torrelodones, a Villalba. Tres horas más tarde—habíamos pasado el lí-

mite de la provincia de Segovia—comencé a meditar en una discreta retirada; pero ella me guiñó el ojo izquierdo y me alentó a seguirla. Llegó la noche, y no por ello se interrumpió la caminata. Compré pan en uno de los villorrios apostados en la orilla de la carretera, y dándole mordiscos y meditando en la verdad de aquel aforismo: “el que la sigue la mata”, llegamos a la provincia de Burgos. Y la mujer rubia seguía adelante, siempre adelante, ante el asombro de todos mis sentidos, que cuando vislumbraban un edificio en pleno campo, me gritaban alborozados que tal vez fuese allí donde tenía ella su domicilio y donde—¡por fin!—terminaríamos la caminata.

En la madrugada del cuarto día, y en ocasión que atravesamos un pueblo de Alava, sentí cómo me llamaban unos

amigos que iban en auto desde Madrid a San Sebastián, y que acababan de reconocermé al cruzarse.

—¡Federico, Federico! ¿Qué te haces por aquí?

—Voy siguiendo a aquella muchacha.

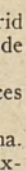
—¿Esa alta, rubia, de aspecto extranjero?

—Sí; ¿la conocéis?

—Personalmente, no. Pero en este periódico la tienes retratada. Mírala.

La contemplé en un grabado, donde aparecía vestida con altas botas de cuero, pasamontañas y mochila de hule azul marino. Y debajo leí: “Eugenia Randett, natural de Escocia y *globe-trotter* de profesión, que recorre nuestro país entrenándose para dar la vuelta al mundo a la pata coja.”

MANUEL LAZARO



de
e-
le
ia
e-
ro
al

¡EL 13 DE MAYO!

(Versos del antiguo régimen)

Hasta ayer, ilusionado
el opositor Quiñones,
hoy sabe que no ha logrado
ganar las oposiciones.
Y yo, muy serio, le digo:
—Tu chasco mal me parece.
¿Qué es hoy, mi querido amigo?
—¡Martes, trece!

Hoy Filomeno García
ve por la lista oficial

que ayer en la lotería
no le ha tocado ni un real.
Y le pregunto, sereno,
al ver cómo se entristece:
—¿Qué día es hoy, Filomeno?
—¡Martes, trece!

Esta mañana, a Benito,
le atropelló un automóvil,
dejándole al pobrecito
bajo las ruedas inmóvil.
Y cuando en su ayuda voy
le digo, al ver que perece:

—Benito, ¿qué día es hoy?
—¡Martes, trece!

Hoy el ministro a Ginés
le ha dicho de mal humor
que no asciende en este mes...
(no siendo en un ascensor).
Y le digo, al ver que está
triste y no se lo merece:
—¿Qué es hoy que tan mal te va?
—¡Martes, trece!

Como está caro el carbón,
Estefanía Beltrán
me ha dicho junto al fogón:
—¡Estoy con pena, don Juan,
porque éste es el primer día
que mi puchero no cuece!
—¿Y qué es hoy, Estefanía?
—¡Martes, trece!

Hoy Luis Valle, en la Carrera
de San Francisco, ha notado
la falta de su cartera;
porque se la han *afanado*.
Ahora le he visto en la calle
y el pobre está que fallece.
—¿Qué es hoy?... le pregunto a Valle.
—¡Martes, trece!

Se unió Juana esta mañana
con Eloy, que es un beduino,
y a las pocas horas, Juana
se escapó con el padrino.
Y le digo al buen Eloy,
viendo cómo se enfurece:
—¿Sabes tú qué día es hoy?
—¡Martes, trece!

Hay días aterradoras
en que uno está inspirado.
No extraño que mis lectores
me digan en tono airado:
—¿Por qué no tiene salero
lo que hoy usted nos ofrece?
¿Qué es hoy, amigo coplero?
—¡Martes, trece!!



—Caballero, si quiere que le corte el pelo, tiene que quitarse el sombrero.



—No, no se preocupe usted.

Dib. URDA.—Barcelona.

JUAN PEREZ ZUÑIGA



LA PORTERA AL INQUILINO CIEGO.—Mucho cuidado de no tropezar, señorito, que esta noche no hay luz en la escalera

Dib. SORAVILLA.—Madrid.

Nuestro concurso del mes de mayo

Con el acostumbrado optimismo y con la brutal alegría que nos caracteriza, ofrecemos a nuestros bulliciosos lectores el concurso correspondiente al mes de mayo.

Se trata esta vez de una cosa tan fácil y agradable, que los lectores van a experimentar el mayor placer de su vida al solucionar el dulce problema que les brindamos.

Como ustedes verán, aquí hay un dibujo que, a primera vista, no está mal, pero que, estudiándole a fondo, acusa en el dibujante una serie de distracciones y de cosas hechas al revés, que casi da pena. Pues bien: lo que nosotros queremos es que cada lector

dos remita una cuartilla con la relación exacta de TODAS las cosas que en el dibujo están mal hechas, o hechas al contrario de como han debido hacerse.

Puede ocurrir que sea un lector sólo el que caiga en todas las distracciones y defectos del dibujo; y puede suceder que sean varios. En este caso, se apelará al consabido sorteo para el otorgamiento del premio.

¡¡AH, EL PREMIO!!... Esta es otra furibunda sorpresa que vamos a dar a nuestros amados concursantes. El premio, en este concurso, será (¡asómbrense y pásense y arrúguense ustedes!), será de

CIEN PESETAS

aumento que hemos decidido en vista del interés que nuestro público está demostrando por estos celestiales certámenes de ingenio; y también en prueba de la satisfacción que el éxito de los precedentes nos ha producido.

El concurso se cerrará herméticamente el 31 de mayo, y las soluciones vendrán, como siempre, bajo sobre y con la firma del solucionista.

De manera que a trabajar, señores y señoras; que un trabajo que puede ser premiado con veinte duros no es un trabajo duro, ni mucho menos.



BAMBALINA

DIABLAS Y TRASTOS

LA OBRA DE UNAMUNO

La otra noche, al entrar en un café, vimos a un conocido; nos acercamos a saludarle—¡torpezas que, a veces, tiene uno!—, y al saber que se iba a marchar pasados cinco minutos, nos quedamos con él mientras tanto. Al minuto, aunque no se hablaba de eso, nos pregunta:

—¿Qué opina usted de Unamuno?

—Pues, hombre—le contestamos—, tenemos por él, desde hace muchos años, una gran admiración.

—No—contestó él—, no me refiero a la obra; ésa no la conozco; me refiero como persona.

—Pues como persona nos parece un hombre honrado.

—Pues a mí—nos contestó el conocido—me parece una mala bestia.

Ni quitamos coma ni ponemos coma. Nuestro distinguido amigo había puesto las cosas en claro con una elegancia, con una precisión y con un conocimiento tan sutil de la materia que hubimos desde aquel momento de aceptar aquella división de la humanidad: de un lado nuestro conocido con todos sus afines; de otro lado, nosotros con todos los que aspiran, como nosotros, a seguir ese camino en donde las malas bestias son de tal categoría.

Con prólogo de esta monta, calculen nuestra expectación al saber que el mala bestia iba a estrenar una comedia para inauguración de la temporada que ha iniciado en el Español la Compañía Isabel Barrón-Rivas Cherif. ¿Qué público sería el del estreno: de malas bestias o de bestias de las buenas?

Nosotros no hemos nacido para naturalistas y no nos metemos en esto. Podemos sólo asegurar que en el día del estreno oyó el público la comedia con sostenida atención, no se le ocurrió en ningún momento pedir Cortes—ni Cortes constituyentes, ni Cortes republicanas, ni cortes al tex-

to de la obra—y aplaudió con creciente calor conforme la obra fué avanzando.

¿Será recibida igualmente en los días sucesivos la obra unamunesca? ¿Será este estreno con que la flamante Compañía ha iniciado—oportunistamente—su campaña, estreno de público?

A nosotros nos parece que, en efecto, es un “estreno de público” en el sentido de que es el público el que estrena con esta clase de obras.

Ya lo hemos repetido varias veces: también el público tiene que ser silbado o aplaudido, según que sirva o no para público de teatro, lo mismo que la obra es aplaudida o silbada, según que sirva o no para obra de teatro.

Al público se le ha solido llamar “el público soberano”; pero ya sabemos que ahora, en estos tiempos de constitucionalismo, tienen los Po-

deres soberanos que andar en armonía y sujetarse a otros Poderes más o menos legislativos y moderadores, más o menos vinculados en las Cámaras: la Cámara alta y la bastante baja; la Cámara llamada de los Lores en Inglaterra; de los loros, en España; y la llamada de los Comunes en España y de los Watters en Londres.

Pues el público soberano, decimos, tenía que demostrar si reunía condiciones para la obra y no sólo la obra demostrar que reunía condiciones para el público.

El público la otra noche tenía que estrenar entendederas, y oídos, y capacidad poética, y unas determinadas potencias del alma que no suelen ser requeridas para que repercutan en el público las maravillas teatrales que a diario circulan por el mundo.

Hay ciertas obras poéticas en las que la poesía consiste en un redoble



Ella.—¿Pero va usted a atreverse a pedirme que comparta su pobreza?
El.—¡Dios me libre, señorita! Preferiría compartir la riqueza de usted.

Dib. PILARCITA.—Madrid.

de tambor, vigoroso y marcialísimo; para que esos redobles resuenen en el interior de los espectadores basta que ese interior esté cóncavo y vacío, formando algo así como el interior de una calabaza. Entonces los redobles encuentran eco en aquella interioridad y las ovaciones se redoblan. Pero ésa es una poesía de redoble: dos veces doble.

Ya nos decía el autor, en una admirable escena, que hay "poetas", "poetos" y "poetisos". Y hay, por tanto, tres clases de oídos: de público poeta, de público poeto y de público poetiso.

Para juzgar, ya en contra, ya en favor, "Sombras de sueño" es menester un público poeta.

O sea, que hay—o poco menos—que colocarse en la misma situación que el protagonista del drama de Unamuno: hay que "desnacer"; hay que volver a nacer y dejarse de más historias, de todas las historias que nos están a diario contando por las tablas del teatro...

¿Será posible que el público logre semejante cosa, o tendrá, como Julio Macedo, que levantarse la tapa de los sesos; levantarse la tapa y mirar, a ver si queda algo dentro?

Todo era la otra noche completamente nuevo, o—si preferís—inusitado. Todo era original, se le veía el origen, la raíz; y la raíz estaba en "la conciencia". ¡Esos, esos sí que son verdaderos "radicalismos"!...

No faltan quienes dicen que es una

obra cerebral; todo porque no es —¡de ningún modo!—una obra sentimental. Pero allí no piensa nadie con el cerebro, ¡mentira!... Allí están locos los tres—Solórzano, la hija, Montalbán—de sufrir la tragedia de la vida en pugna con la conciencia. Un examen de conciencia no es algo cerebral; es algo que se vive por entero, de la cabeza a los pies, y que nos hace, a veces, perder pie y, a veces, perder la cabeza; pero no perder el alma.

Tampoco faltaron gentes que decían—nosotros fuimos testigos de uno de ellos—: "Pero, ¿usted cree que esta obra no es simbólica? ¿Cree usted que es una obra humana *nada más* (histórico y textual)? Yo creo que hay algo más: que la chica es España, que Montalbán es el futuro político, el libertador, y que Solórzano es la historia de la patria, esa historia de oscurantismo..., etc."

Este era un representante de la parte de público que fracasó el día del estreno. Lo que don Miguel llama "historia" no es la historia de las naciones: es aquello que—en forma de ensueño, de abstracción, de idealismo, de tradición, de prejuicios y aun de normas—nos impide en cada momento ser hijos de aquel minuto, de aquel concreto momento, y vivir a cada paso como recién nacidos, en vez de ser hijos del pasado y nacer con una herencia de libros, de antepasados, de tantas y tantas cosas como se nos meten "en la cabeza", y no en el hueso

y la sangre del hombre de carne y hueso.

Claro que nunca sabemos quién tiene más razón—razón de "ser"—: si Sancho o Don Quijote; si Marta o si María; y ahí está la tragedia de aquella trinidad que trina y trinará por los siglos de los siglos, mientras esta vida exista y la vida sea lo que es: sueño, o "Sombras de sueño".

Hay quienes han dicho también que esto es lo que ha hecho en Italia Pirandello, pero con más humanidad. Otro público que fracasó en el estreno. Pirandello es un sofista—¡ése sí que es cerebral!—lleno de ciencia teatral, corruptora, y lleno de filosofía alemana; pero sin pizca de conciencia que pueda, como en Unamuno, sangrar, sangrar ideas si quieren; pero las ideas, lector, no son cerebraciones.

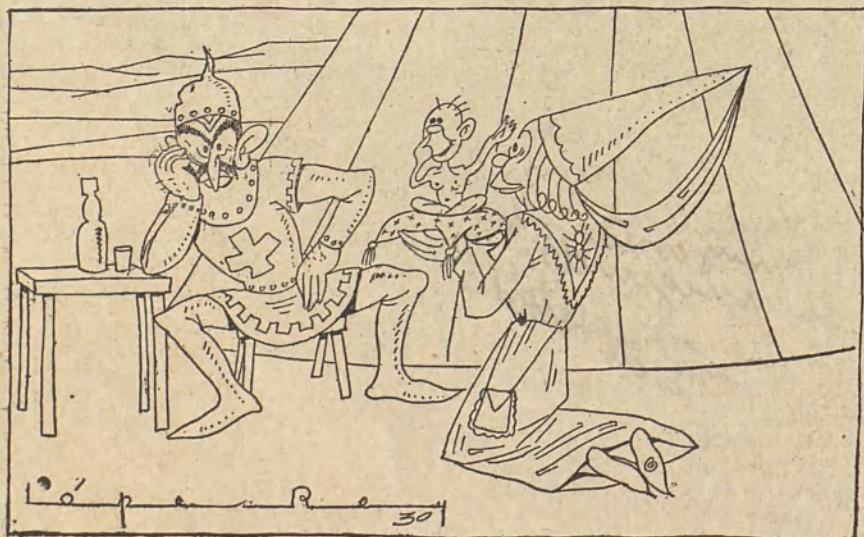
Si esto que estamos diciendo no resultase muy claro, pásense ustedes por casa y, mediante unas conferencias o lecciones a precios moderados, les pondremos al corriente de lo que no podemos aquí seguir esclareciendo, pues si nosotros ahora nos parásemos a escribir todo cuanto sugiere la obra de Unamuno, acabaría nuestro amigo por llamarnos también "mala bestia", y no, eso, no; no aspiramos nosotros a tanto.

La obra, no obstante, llegó a la gente mucho más de lo que fuera de esperar, dado que no hay en ella ni una sola concesión al gusto público. Porque, eso, sí, la obra no es jamás, de "vago y ameno pasatiempo": vagos, no nos hacen falta; pasatiempos, tampoco, tampoco; la cosa no es pasar el tiempo, es ganar la inmortalidad, donde el tiempo no pasa (en la inmortalidad no pasa nada, lo mismo que en la comedia de Unamuno); y en cuanto a lo de amenidad, según se entienda ésta, el que alcanza la inmortalidad está en sus glorias, y ¡qué más amenidad!, ¿no les parece?

La ejecución de la obra fué dignísima. No podía una formación nueva y debutante como ésta presentarse al público de Madrid con mejor escuela y con estilo tan de ley.

Isabel Barrón mantuvo honrosamente su papel difícil, muy difícil; Espantaleón fué el gran actor de siempre, y Canales, actor que ya, según parece—nosotros no le conocíamos—había anteriormente llamado la atención de los mejores, supo acertar tan de lleno que no nos parece que pueda ningún actor superarle en justeza, y en aplomo, y en reconcentración sobria y noble.

MANUEL ABRIL

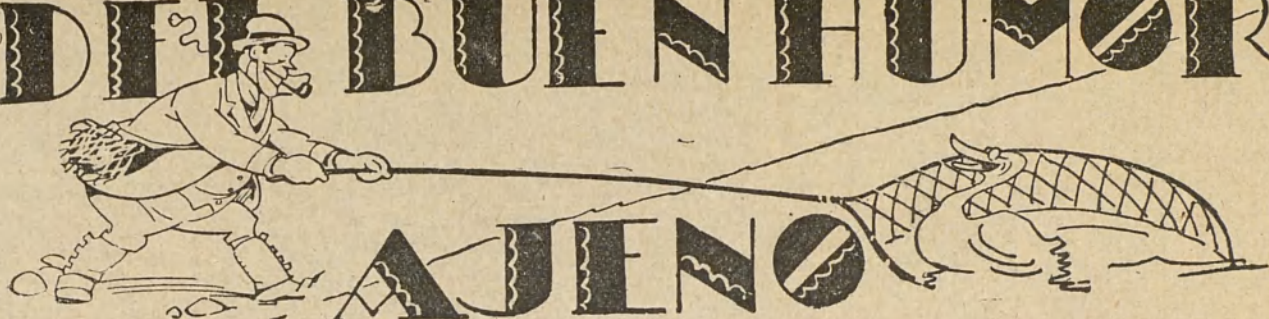


—¿Este chiquillo tan feo, tan esmirriado y tan asqueroso es mi hijo? Bueno, le llamaremos Pero.

—Pobrecito niño; mucho "pero" le ponéis, señor.

Dib. LÓPEZ REY.—Valencia.

DEL BUEN HUMOR



AJENO CUENTOS JUDIOS

Levy va a casa de Rothschild y solicita ser recibido. El secretario le pregunta el objeto de su visita.

—¡Imposible, señor! Deseo ver al propio Rothschild.

—Lo siento mucho, pero el señor Rothschild está muy ocupado. Pídale una audiencia y expóngale por carta. Levy arma tal estrépito, que Rothschild le recibe.

—¿Qué desea usted, señor Levy?

—Quiero ayudarle a usted a economizar un millón.

—¿De qué manera?

—Muy sencillo... ¿No tiene usted una hija casadera?

—Sí.

—No va usted a darle dos millones de dote?

—Sí.

—Pues bien: cásela conmigo y deme nada más que un millón.

Rebeca se arregla para ir al teatro y le dice a su mamá:

—¿Nos ponemos los guantes o nos lavamos las manos?

Salomón acaba de recibir unas bofetadas de un cristiano.

—Bueno, ¿es en broma, o es en serio?

—¡Claro que es en serio!

—Entonces, la cosa varía. De lo contrario, le hubiera dicho a usted que no me gustan las bromitas de ese género.

Un señor llega a una pequeña ciudad de Polonia, y encuentra a un judío.

—¡Eh, Moisché! ¿Dónde está la Prefectura?

—¿Cómo sabe usted que me llamo Moisché?

—Lo he adivinado.

—¡Ah, sí! Pues entonces, adivine también dónde está la Prefectura.

Isael, niño de nueve años de edad, se ha tragado una moneda de dos rublos, y se ahoga. La criada corre en busca de su señora.

—¡Señora, señora! Que Isael se ha tragado...

—¿El qué?

—Un rublo. ¿Voy a buscar al médico?



—Es muy fácil llegar a ser millonario, pero es muy difícil gastar el dinero.

—¡Caramba! Pero ¿cuál es su profesión?

—Falsificador de moneda.

(De Lustige Kiste.)

—¡Calma, calma, que no me voy a arruinar por tan poca cosa, mujer!

Un mendigo se presenta en casa del viejo comerciante Blum, y pide la limosna que le dan de costumbre. Pero el criado lo despidió, diciéndole que su amo le lleva dado tanto dinero a su hija, que acaba de casarse con Jerónimo Bloch, que no puede dar nada más a los otros.

—Está bien, está bien... Dígame, sin embargo, que está muy bien que le haya dado a su hija el dinero que le pertenece a él; pero ¿quién le manda disponer del mío?...

Reb Mendel ha ido a Karlsbad a consultar a un médico famoso. Al salir del gabinete del médico, entrega a éste un billete de cinco coronas.

—Perdón, señor; pero debe usted de estar equivocado. Me debe usted más.

—Perdóneme, señor doctor; pero yo creía que no debía darle más que cinco coronas, y no llevo encima más que esta cantidad.

—Pues, para lo sucesivo, tome usted nota de que cobro veinte coronas por cada consulta.

—¿De veras? ¡Y a mí que me habían dicho que no cobraba usted más que diez!

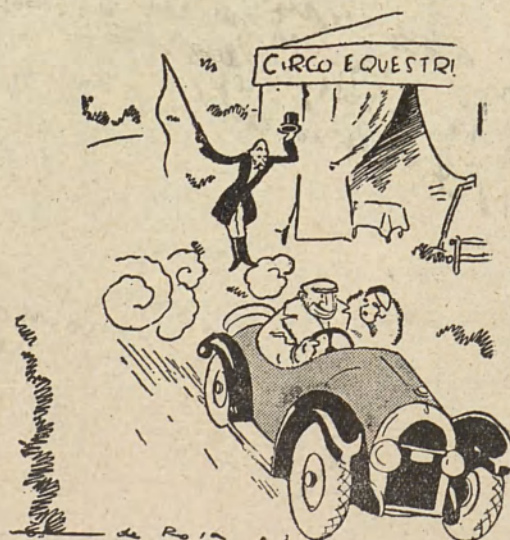
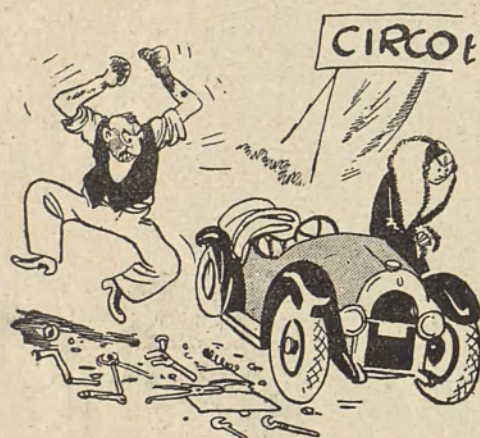
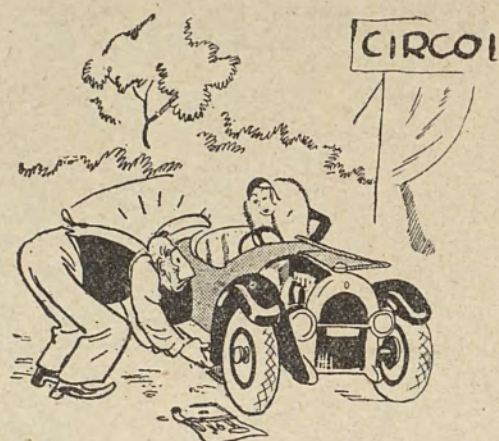
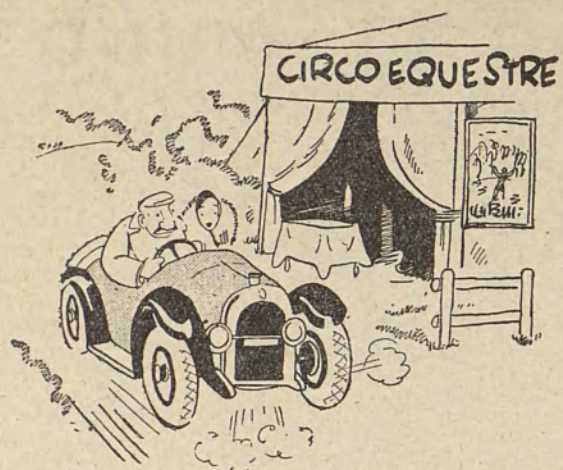
Aarón y Roseblatt dialogan:

—¡Te aseguro que haré bien las cosas! Le daré a mi hija Rosa mil francos por cada año que tiene. Será un buen partido para tu hijo Isaac.

—No digo que no, Aarón. Pero, dime: ¿qué edad tiene Rosa?

—Diecisiete años.

—¿Sabes lo que te digo, Aarón? Que es un poco joven todavía para Isaac.



Para un buen domador de caballos, la misma resistencia ofrecen los de sangre que los de vapor...

(De Il Travaso delle idee.)

CHISTES DE TODO EL MUNDO

—¿Le sintió su mujer entrar en su casa anoche?

—Desde luego. Tiene un sueño tan ligero, que se despierta si el termómetro baja.

(De *Georgia Cracker*.)

—Jorge y yo hemos tenido una discusión muy acalorada anoche, sobre la celebración de nuestras bodas de oro.

—Eso no está bien. ¿Y cuánto tiempo llevan ustedes casados?

—Tres días.

(De *Somerset Gazette*.)

(El hotel era notable por haber estado Byron alojado en él.)

El turista.—¿Cuál es la habitación que ocupaba Byron?

La camarera.—¿Byron?

El turista.—¿No conoce usted a Byron, el gran poeta? El estuvo aquí.

La camarera.—¡Oh!, Mr. Byron ha debido estar antes de que yo entrara a servir en este hotel

(De *Hummel*, Hamburgo.)

—¿Ha tenido usted alguna sorpresa con motivo de los regalos del día de su santo?

—Sí; Pablo me regaló un libro que yo di a Pedro hace poco tiempo.

(De *Pages Gaies*, Iverdon.)

—He apostado con cuatro amigos míos, un doctor, un actor, un banquero

y un abogado, a que los conocía en el baile, estando disfrazados, y he perdido la apuesta, porque no he conocido más que a uno de ellos.

—¿Cuál?

—El actor, naturalmente.

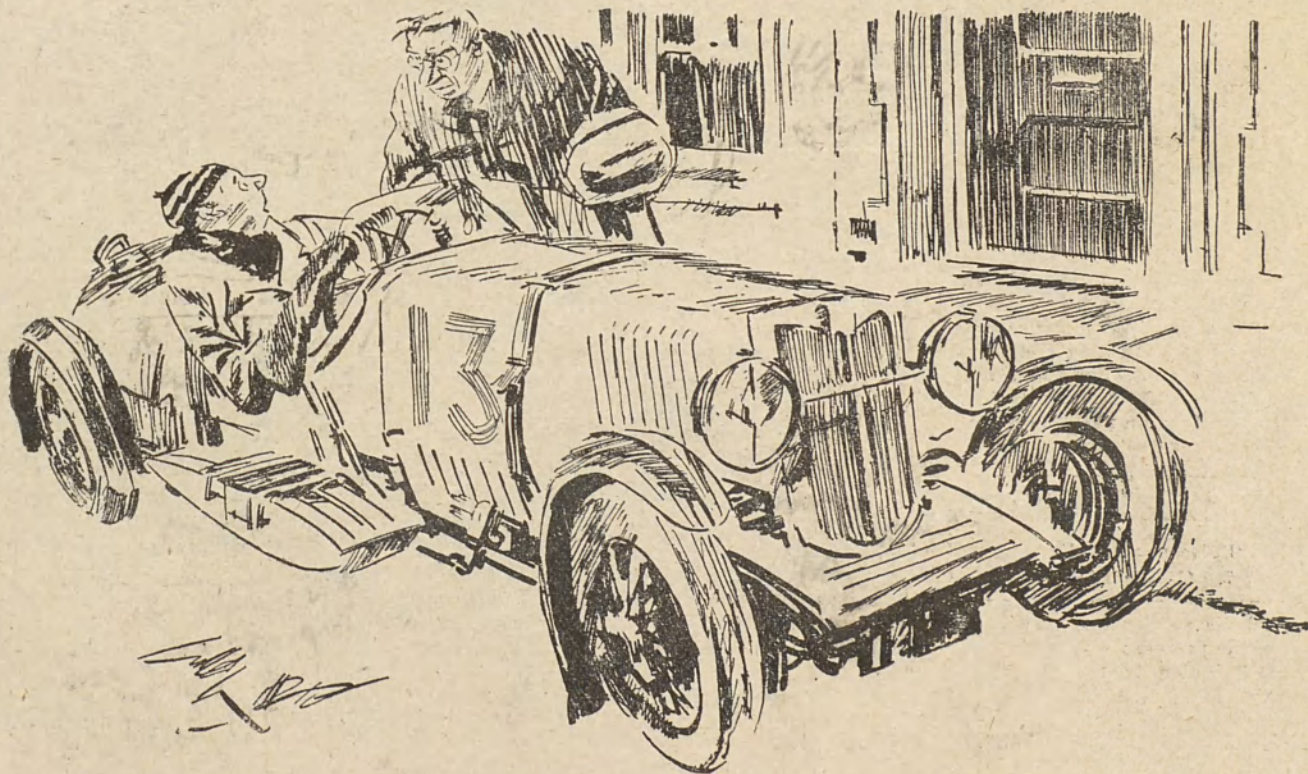
(De *Fliegende Blaetter*, Munich.)

Un muchacho estaba mirando una mancha roja en las nubes, en dirección al pueblo, con una expresión de alegría extraordinaria.

—¡Ah, muchacho!—le dijo un anciano—, veo que tienes entusiasmo por las bellezas de la Naturaleza. ¿Verdad que es una maravillosa puesta de sol?

—No es una puesta de sol. Es la escuela, que está ardiendo.

(De *Birmingham Post*.)



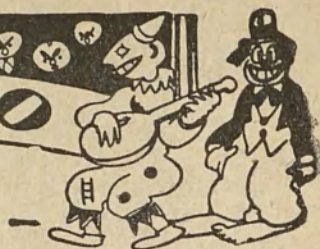
El tío rico (después de un paseo).—Gracias, sobrino, por los dos paseos en tu nuevo coche.

El sobrino.—¿Dos, tío?

El tío.—Sí, el primero y el último.

(De *The Passing Show*.)

EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en un aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes". Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios. ¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR

FOTOGRAFO
PUERTA DEL SOL, 13

En un baile de Círculo Mercantil:

—¿Ves ese caballero que está junto a la chimenea? Pues nadie es capaz de creer lo mucho que le "debo".

—¿Es tu protector?

—No; es mi casero.

El Licenciado San Román.

Entre padre e hijo:

—Hijo mío, tu conducta para mí es demasiado libre. Recuerda que soy tu padre.

—Bueno; pero no me lo vayas a echar también en cara.

Rigoberto.—San Sebastián.

CUENTO DE MALA SOMBRA

A un individuo llamado José Luis Martínez Fonce le gastaron una broma el día de los Inocentes; pusieron en el periódico, con su dirección, lo siguiente: "Se le pagará al que entregue un perro de caza la cantidad de 4.000 pesetas."

ALBERTO

Pulseras de pedida.
7, CARRETAS, 7

Al día siguiente se llenó la casa de perros, y para vengarse de quien le había hecho esta fechoría se dirigió a la funeraria más próxima, llamada "Las Pompas de Jabón", en donde encargó una caja del tamaño más grande, dando las señas del amigo bromista y dejándola abonada, diciendo que si protestaba su señora la dejaran de todas formas. Al llevarla el mozo y recibirla su

El premio correspondiente al chiste del número

anterior ha sido adjudicado al siguiente:

—Ese hombre es un canalla. Dijo que me iba a dar dos bofetadas y me engañó miserablemente.

—¿No le dió las dos bofetadas.

—No, señor; me dió cuatro.

Barrial.—Valladolid.

LA HORRA

Presenta las últimas creaciones en sombreros para señoras y niñas.

FUEN ARRAL, 26, y
MONTERA, 15, primeros

La mejor casa de España en su género

mujer, ésta se asustó mucho porque no había allí ningún muerto, y al fin ordenó al mozo la dejase en el cuarto de los baúles, pasando un gran susto, hasta que por la noche regresó su marido, al que, toda asustada, le dijo que le habían traído una caja de muerto. Este se le figuró, y dijo a su señora que sería Pepe Luis, a quien le había gastado la broma del perro.

Al día siguiente se echó la caja a cuestras y se dirigió a "Las Pompas de Jabón".

Y una vez en el establecimiento, dijo:

—¿Ustedes han llevado a Emilio Aterido una caja de muerto ayer tarde?

A lo cual le respondieron que sí; y entonces el señor Aterido añadió:

—El muerto soy yo, y vengo a devolverla, porque me la he probado y me hace arrugas.

Santiago A. Gómez
y Luis Díaz.

Entre amigos:

—¿Tiene usted hijos?

—Sí, señor; uno.

—¿Fuma ya?

—No ha tocado en toda su vida un cigarro.

—Perfectamente; el tabaco es muy perjudicial a la salud... ¿Va al café?

—Nunca ha estado en ninguno de ellos.

—Le felicito a usted; pero será trasnochador.

—Tampoco. Se acuesta siempre al anochecer.

—¿Y qué edad tiene?

—Seis meses.

Juan Casasola.—Daimiel.

El juez.—Después de haber matado usted a su suegra, a su mujer, a tres vecinas y cuatro niños, ¿intentó usted suicidarse tirándose a la vía?

El reo.—Sí señor.

El juez.—¿Y cómo no consumó usted el suicidio?

El reo.—Porque en aquel

CANAS



INVENTO MARAVILLOSO

Para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los 15 días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire, por lo que constituye una novedad. No mancha ni la piel ni la ropa. La caspa desaparece rápidamente. Ojo con las imitaciones y falsificaciones.

De venta en todas partes

LABORATORIO
CASPE 32
BARCELONA

CUPON

correspondiente al núm. 442 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.

instante pensé que mi cuerpo podía descarrilar el expreso y dar origen a una catástrofe.
Ardura y Múgica.

Cuando un hombre se casa una vez, se le llama monógamo; y si se casa dos veces, idiota.

Rafael Roldán.

Blasonaba cierto caballero de su sabiduría y decía:

—Soy hombre en posesión del grado de bachiller, del grado de abogado y del grado de capitán.

El amigo con quien va, asustado, le replica:

—Pues, chico, tienes más grados que el aguardiente de Cazalla.

P. González.—Sevilla.

SIEMPRE PRESA

Sostenes — Fajas — Corsés

Fuencarral, 72. — Tel. 51135

El papá.—¿Por qué los hombres no usan ya bigote, Pepito?

El niño.—No lo sé.

El papá.—Pues porque es más higiénico y evita suciedades en la cara.

El niño.—Entonces, ¿por qué a mamá no se lo afeitan?

Manchego.

Subió en el tren un gitano y se quedó mirando a un señorito descaradamente. El pollero era feísimo, y, escamado, le preguntó al gitano:

—¿No ha visto usted nunca un hombre como yo?

Y el gitano le contestó:

—De balde no, señor.

C. Espina.—Santillana.

Casa de las Pantallas

La de gusto más exquisito

Modelos desde 2,50 pesetas

ROMERO — Fuencarral, 63

—Oye, Pancracio, ¿vacunarás a tu hijo?

—¿Quién? ¿Yo? Jamás haré mayor tontería. El hijo de la Melitona lo vacunaron, y murió a los dos días.

—¿Que lo vacunaron? ¿Y murió a los dos días?

—Sí, chico, como lo oyes; se cayó por la ventana y se abrió la cabeza. ¡Conque ya ves de qué le sirvió la vacuna!

Enrique Soto y Soto.

El colmo del silencio:

Una alpargata metida en una jaula.

La pandilla de Mari Pepa.

En un examen de Derecho: Profesor.—Defíname usted el fraude.

Alumno.—Pues una cosa así como si usted me catease.

Profesor.—¿Por qué?

Alumno.—Porque se hace reo de fraude aquel que se

aprovecha de la ignorancia de otro para ocasionarle un daño.
Ego.—Albacete.

Dos gitanos presenciaban la procesión de Semana Santa, y al pasar el paso de la Cruz preguntó uno de ellos:

—Oye, ¿qué quiere decir la palabra "Inri"?

—Pues que murió de "inri-tación".

J. A. C.—Zaragoza.

—¿Cómo no vas ya al oculista?

—Porque ya me ha abierto bastante los ojos.

Tranquilo.—Zaragoza.

ESO ES ABUSAR

—¡Hola, Visuejo!

—Adiós, Bocacha. Cuánto tiempo sin vernos.

—Si que hace tiempo que no "amos tomao" unas copas juntos.

—Pero, oye, ¿te pasó algo? Noto en ti una cosa rara; te encuentro más bajo. ¿Es que has "mengua"?

—¡Calla, hombre! Me llevaron a Yaserías y me lavaron los pies.

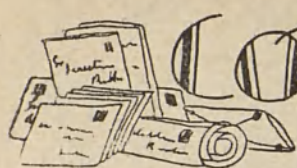
—¡Qué "barbaridá"!

Angel del Castillo.



El centinela distraído.

(De The Passing Show.)



CORRESPONDENCIA

MUY PARTICULAR



E. T. P. (Salamanca).—Dice usted en su carta con cierta imperiosa expresión que nos ofende:

"Exijo que me digan, si esto no me lo publicasen, el por qué."

Pues allá va el por qué: ¡no lo publicamos porque no tiene gracia!... Esto no le hará á usted gracia ninguna; pero como a nosotros tampoco nos ha hecho gracia el artículo, quiere decirse que estamos iguales...

¡Ah! Le diremos, porque somos muy francos y bastante nobles, que el articulillo, salvo su inaguantable sosería, no está mal confeccionado. Se ve que hay cierta facilidad para la prosa, pero es lo único que se ve.

Para camisas a la medida
Madrid-Viena
M. PEÑA
Montera, 41.—Tel. 16662

No nos han complacido, pero lo que se dice nada.—Los dibujos, originales hasta cierto punto, de los distinguidos humoristas del lápiz que figuran en la alarmante lista que va a continuación: Francor, Gallardo, A. Cortés, Pin, F. Carrascosa, Ulloa, E. Gereda (Madrid), A. Lorenzo (Valencia), Murillo (Zaragoza), Krat (Madrid), Vigueras (Barcelona), Rolós (Valencia), Natan (Madrid), Alex (Barcelona), F. Salido (Jerez), Masq (Madrid), L. Santos (Lora del Río), W. Pelé (Valencia), Mago (Gijón), Blondel (Madrid), Solrac (Villalba), L. Gossé (Barcelona), J. Sánchez Sandoval (Madrid), P. Llop (Valencia), E. López (Albacete), E. Calahorra (Zaragoza), L. Bas (Barcelona), Pascual (León), Calvare (Madrid) Picardo (Jerez), Titán (Zaragoza), Qbo (Gijón), S. M. A. (Sevilla), M. Fernández (Castro Urdiales), Tiberio (Logroño), Lledó (Valencia), Fersal (Melilla), T. T. T. (Bilbao), Na-

rudsh (Barcelona), J. Carvajal (Bonanza, Cádiz), M. Dacos (Vigo), A. Pérez R. (Granada), J. Amérigo (Valencia), Menelado (Toronto, Canadá), Zardy (San Sebastián), V. Llano (Valladolid), S. Dasi (Valencia), P. Lota (Avila), E. X. (Zamora), Varguitas (Málaga), A. Romero (Burgos), B. L. M. (Toledo), Gutó (Valencia) y Sanz-Toral (Colmenar de Oreja).

T. B. S. (Madrid).—¿De ma-

nera que usted no tiene más que dieciséis años?... Pues mire, para su consuelo, debemos decirle que hay muchos escritores que tienen cuarenta y cuatro, y lo hacen todavía peor que usted. ¡Y cuidando que usted lo hace mal, pollito!

M. R. L. (Santander).

Ni sus versos ni su prosa valen maldita la cosa.

Celestino (Madrid). — Nos

pide usted que le hablemos con franqueza ruda, y allá va: es usted un pobre bruto que no tiene arreglo en este mundo.

Riaño (Aranjuez).

Llegas muy tarde, Riaño, y, lo que es peor, con daño.

S. N. C. (Barcelona).—Eso resultaría en nuestras columnas tan fuera de lugar como un chárleston en una misa de "requiem".

Doria (Málaga).—El dibujo es una vergüenza, y el artículo es una desvergüenza.

L. R. H. (Madrid).—Es más malo que un hijo infame o que una hija aficionada a salir sola por las noches.

P. M. S. (Huesca).

Esos versos son más malos que una ensalada de palos.

Y nos han hecho casi tanto daño como si hubiéramos sufrido la susodicha y agria ensalada sobre nuestras inocentes espaldas.

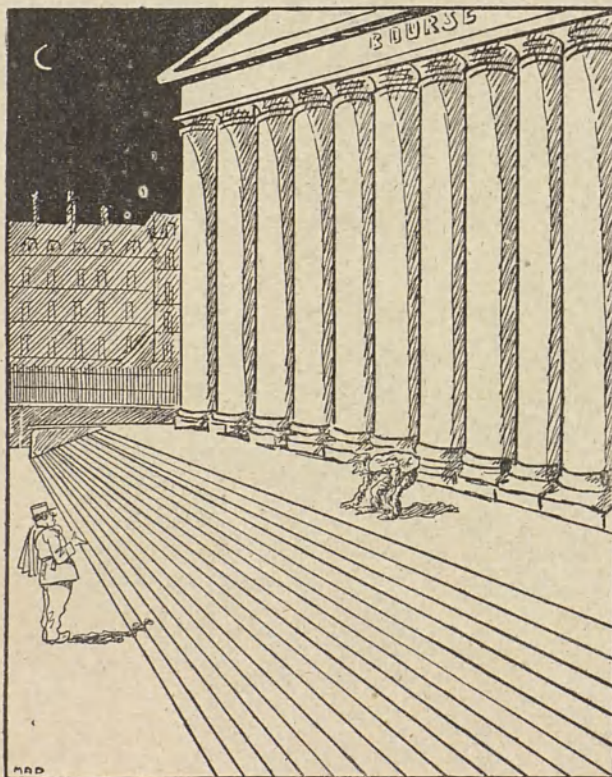
N. G. G. (Centa).—Ese artículo militar, nos jugamos diez duros a que lo ha escrito usted de paisano. Y si nos apura usted, nos los jugamos a que lo ha escrito en calzoncillos. Lo decimos por la deliciosa frescura que le rezuma a la prosa con que está confeccionado.

R. C. P. (Valencia).—Demasiado místico para este semanario, que reverencia, desde luego, a la Virgen de los Desamparados, pero que no cree que es del caso emitir sermones en sus columnas.

Berlanga (Madrid).

Para aceptar la idiotísima poesía de Berlanga precisa tener anchísima la manga.

Y como no la tenemos así, pues resulta que todo se ha perdido: el tiempo y la poesía.



El guardia.—¿Qué busca usted ahí?

El mendigo.—Me han dicho que se han perdido aquí millones y pretendía encontrar uno para mejorar mi situación...

(De Le Rire.)



CREMA

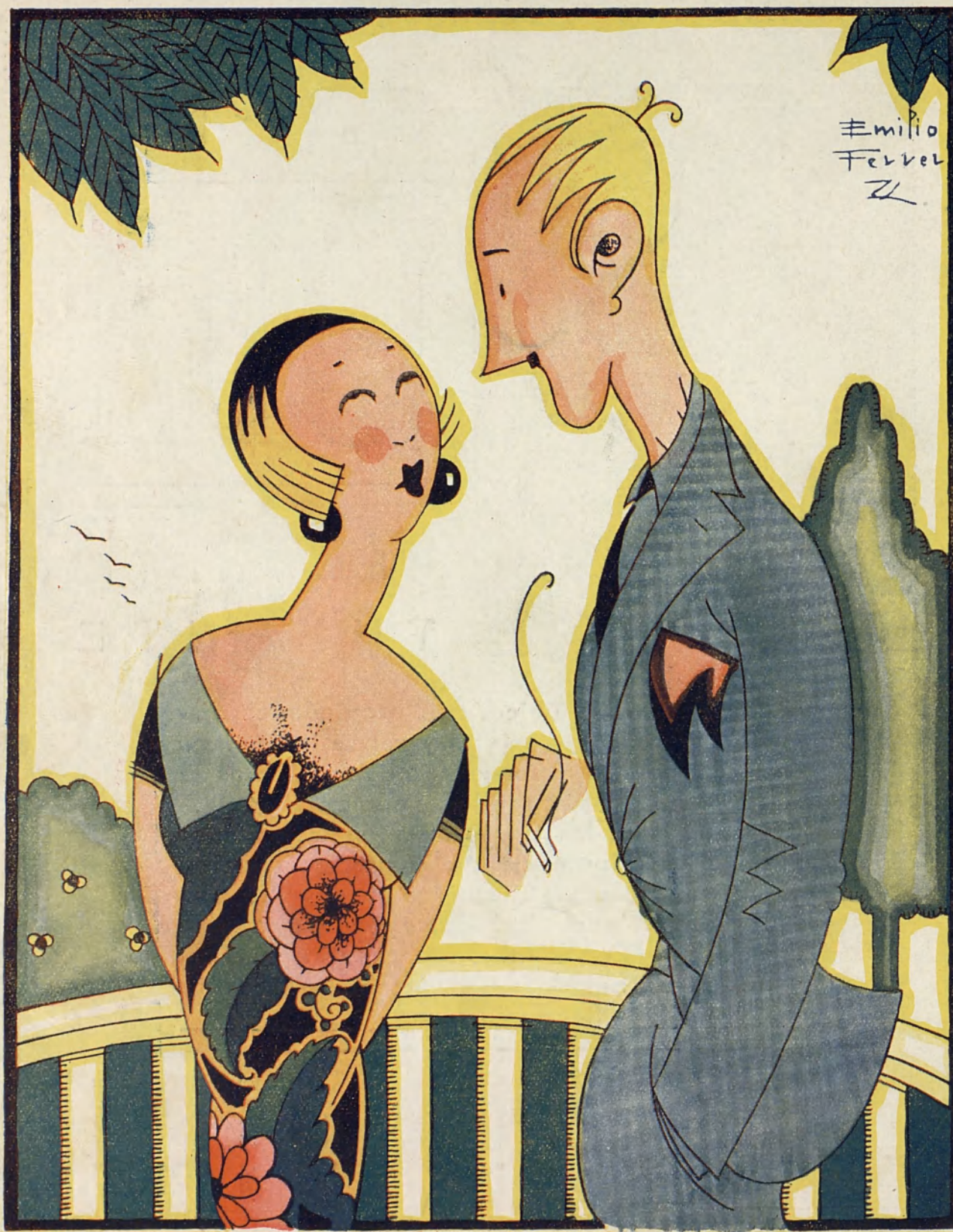
LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR



—... pero me han dicho que en esta semana ya se ha declarado usted a cuatro muchachas.

—¡Oh! Era para ensayarme antes de declararme a usted, Purita.

Ayuntamiento de Madrid

Dib. FERRER.—Madrid.